

Lector de Homero

Juvenal Soto

"Todos los días son iguales"

Sobre la naturaleza Heráclito.

Antonio, amigo mío:

He imaginado que el correo deja un libro en casa de un lector de Homero -desconozco la fecha. Sospecho que el tiempo es una dimensión plana en la que no existen fechas, en la que todos los acontecimientos ocurren a la vez-. El lector de Homero está convencido de que los escritores, la totalidad de los escritores, son uno, y de que ese único escritor es Homero. Ha leído la *Iliada* y la *Odisea* -la *Iliada*, según él, es un texto preparatorio; la *Odisea*, sostiene el lector de Homero, no es un texto, es El Texto- y ha llegado a la conclusión de que la literatura es la historia de un regreso. Algunos conquistan una ciudad para, tras conquistarla, buscar un sitio adonde volver. Otros solamente vuelven, saben que el viaje es un retorno. Unos y otros ignoran que únicamente existe el camino de vuelta, que el camino de vuelta es el lugar del que partieron y al que están condenados a retornar una y otra vez, que el destino no es un lugar sino una forma de buscarlo, que su viaje hacia el destino es verdaderamente el único destino.

El lector de Homero abre el libro que el correo dejó en su casa. Descubre, a primera vista, que se trata de prosa. Lee en la sobrecubierta de la contraportada la palabra novelas, escrita así, en plural. Descubre más: el libro le ha sido dedicado a él, lector de Homero, por el propio Homero, que en este libro usa otro nombre. Antonio es ese nombre. Con tinta azul, escrita con rotulador, la dedicatoria se extiende ante sus ojos distribuida en nueve renglones: "Para/ [...] las/ melancolías y las/ armas para matarlas,/ las primaveras y esta/ lluvia de palabras./ Con la amistad/ de/ Antonio". Los puntos suspensivos de la dedicatoria que reproduzco no son tales en el original; en vez de puntos, ahí está escrito un nombre, el del lector de Homero, pero puesto que este hombre sabe que todos los escritores son uno, el mismo, ¿por qué todos los lectores no han de ser también uno, el mismo, el lector de Homero, que, a su vez, también se llama Homero? El lector del poeta ciego no duda la respuesta a esta interrogación: Homero es un hombre que escribe para Homero. El lector de Homero es Homero.

Salvo Butler, que perpetró cierta malicia según la cual el ciego de Grecia era una mujer que vio los rostros de quienes le contaron la historia de Troya que escribiría ella, todos o casi todos, en algún momento de nuestras vidas, hemos creído adivinar la imposibilidad de un Homero único,

la verosimilitud de un Homero múltiple. Que yo sepa, hasta ahora nadie había imaginado la posibilidad de un único lector diverso, la contingencia de un sólo lector que, sin saberlo él ni el resto de los lectores que constituyen su diversidad, es muchos hombres dedicados a la misma tarea: leer al único escritor que, a su vez, es muchos escritores. Lo terrible está por venir, viene ahora: ese lector único y múltiple es también el único y múltiple escritor. Me inquieta y al mismo tiempo me sosiega la idea de alguien, que es muchos, escribiendo para alguien que es una multitud. Me aterroriza, sin embargo, la conjetura de que éste y aquél sean el mismo, ese alguien que escribe una y otra vez la misma historia para leerla sólo él una vez y otra.

Este ardid, amigo mío, será posible porque doy por hecho, o creo muy probable, que el tiempo sea una dimensión carente de profundidad, en la que los acontecimientos se producen simultáneamente -la teoría de conjuntos de Cantor me permite aventurar que así ha de ser-, o una insidia que permite el holocausto de toda creación, incluso de la creación literaria, de la que, como sabes, deviene el resto de lo creado, incluso la creación del mundo. ¿Te lo imaginas? Un sólo escritor escribe una sola historia para un sólo lector, y ambos, lector y escritor, son la misma persona. ¿Reducida a qué queda la creación? ¿Sientes ahora tanto pánico como yo? Continúa imaginando y, como yo, alcanzarás seguramente la cota del pavor: Dios, El Verbo, crea el mundo para los hombres -Butler tal vez asegure que para las mujeres-, pero Dios y los hombres son un único ser y al mismo tiempo. ¿Dónde hallaremos el principio, cuando sólo era El Verbo, y dónde el final, cuando aparecen los hombres, si Hombre y Verbo son simultáneos y son lo mismo? ¿Tienes tú respuesta para mi pregunta -te planteo varias preguntas, pero estoy convencido de que te has dado cuenta de que la pregunta es, otra vez, única y múltiple-? ¿La tienes? Yo tengo una respuesta, y temo que sea la única respuesta. La nada es mi respuesta.

El lector de Homero corrobora que el libro que le ha dejado el correo narra la historia de Ulises: un hombre participa en la conquista de Troya -nace- y decide volver a su casa en compañía de otros hombres -vive-. Los avatares del camino le inducen a creer que la vida es un retorno y que a su llegada -sabe que llegará, todos llegamos- le aguarda una mujer, dedicada durante la espera a jugar, enredándola y desenredándola, con una madeja de lana -la muerte-. Ya en casa, Ulises abraza a la mujer y llora. Homero, en el libro que lee el lector de Homero, escribe así el llanto de Ulises: "Ahora soy yo quien sirve de cuerpo al tiempo./ Mías son las arterias por donde corren los recuerdos./ Todos esos canales que ahora vienen a desembocar en mí,/ en este estanque, este lago ya sin forma de la memoria./ Aquellos seres junto a los que viví,/ a los que miré y hablé./ Viven en mí, soy yo, todos ellos soy yo./ Tengo su aliento, como ellos,/ en cualquier lugar del mundo en el que estén,/ tienen el mío./ El aliento de quienes fuimos./ Soy yo el que los mira y les habla,/ el que oye hablar a esas imágenes sin cuerpo,/ esa nada que tantos no ven y en la que no creen./ Son ellos, me recorren, se manifiestan y huyen dejando una estela vaporosa./ Aquí están."

El lector de Homero no comparte la escisión que en la literatura provocan los llamados géneros literarios. Junto a la lámpara que ilumina sus noches de insomne, ha creído sorprender muchas veces al verso encubierto en

la línea -sometida, en cualquier caso, al límite impuesto por el papel- que se alarga según el canon al que la sujeta la prosa. Ha imaginado una línea infinita, o casi, dibujada por todas las palabras escritas, un horizonte de palabras que, como el horizonte del mundo, se comba y envuelve al propio mundo hasta hacer de éste algo cuya forma adivinamos porque la insinúan las palabras. Una de esas noches, apagó la lámpara y dejó que tan sólo la luz de las palabras iluminara al mundo: ahí, resplandecientes como nunca antes, estaban los árboles; ahí, alumbrado por millones de palabras, el mar era una lámina de basalto bajo la que notó el bullir de las mareas, que no eran ya el latido del mar sino el torrente de las palabras; y ahí el salto de un pez alado que disputaba con las aves marinas la propiedad del cielo. Ahí estaba el mundo apagado, por más que la noche fuese en aquella ocasión el fulgor deslumbrante de las palabras.

Otra noche, cerró los libros, todos los libros de su casa, y encendió las luces, todas las luces del mundo. Nada le resultó conocido, ni siquiera el escritorio en el que unos folios en blanco aguardaban la tinta que les diese vida, nombres, palabras. Aquel mundo iluminado sucumbía ante las tinieblas de un espacio absolutamente vacío, ágrafo, incapaz de nombrar o ser nombrado y, por lo tanto, existente en la nada. Ahí está el mundo -se dijo aquella noche-, pero no sé de qué mundo se trata. Tampoco sé si es ése el mundo, puesto que nada ni a nadie puedo nombrar. Frente a mí hay algo que no conozco y que me es imposible conocer, luego la nada no es el vacío absoluto sino la imposibilidad del conocimiento. Y la nada, repleta de luces, de objetos, de personas, dibujó otra línea del horizonte, un horizonte que, esta vez, trazaba el filo y el comienzo de la nada. El horizonte de la nada también era la nada. Apagó las luces del mundo y abrió un libro, el libro que el correo le había dejado en su casa, leyó: "... por mi lado pasan los rostros,/ las sombras de aquellos que ya sólo son sombras, nombres./ Los noto entrar en mí, salir,/ atravesarme como si yo fuese un campo abierto,/ una casa sin paredes./ Una oquedad por la que ellos,/ con sus labios que ya no son labios,/ con sus caras que ya casi sólo son imaginación y humo,/vienen y se van, despacio, sin ruido..." El lector de Homero leyó las palabras escritas por Homero -hablo de este Homero, el de ahora en ese libro-, y el mundo, conforme transcurría la lectura, era, de nuevo, un viaje a Ítaca, un retorno. El lector de Homero supo entonces que el verdadero viaje de Ulises nunca tuvo llegada ni partida: el viajero que llamamos Ulises era, en realidad, un viaje, el único viaje. Ulises partió desde Troya para llegar a Ítaca, según el relato que la mayoría de los hombres atribuyen a Homero, pero Homero nos contó otra historia: Ulises partió de Ulises para llegar a Ulises -en el camino descubriría que el comienzo y el fin son la misma cosa-, porque la llegada es siempre el punto de partida.

Otro ciego, también poeta, J. L. Borges -descendiente de Isidoro Suárez, que acometiera la carga de caballería en la llanura de Junín-, quiere leer en la historia de Simbad, marino en las noches del califa de Bagdad, la versión árabe de la *Odisea*. La aventura de Simbad, sin embargo, es sólo eso: aventura. Ulises -sostiene este otro ciego que reconoce a la *Odisea* como su propósito y lo llama para sí *Historia universal de la infamia*- también navega, pero, créeme, Antonio, que sus aguas son un mar hecho de tiempo y su aventura es esta otra: comprobar que la madeja de lana

con la que Penélope teje y desteje, para tejer y destejer su espera, sigue intacta, tal y como el propio Ulises la vio aún sin haber conquistado Troya. Así detuvo el tiempo Homero en su relato, y, puesto que nada transcurre porque todo es a un solo tiempo, igualmente podremos concluir que vida y muerte son un mismo acto, sin que entre ésa y ésta sucedan otras cosas que el todo y la nada. Ni el antes ni el después: el ahora, un instante infinito que contiene todos los instantes y ninguno. Tú mismo lo has escrito: "Transparentes, nos dijeron,/ como se le puede decir al barro,/ que debíamos ser transparentes./ Esta materia, esta viscosidad opaca, densa,/ que somos y no acabamos de conocer,/ esta materia que sólo se sostiene,/ que sólo vive de penumbras,/ persiguiendo siempre la luz, desde lejos,/ sin saber cómo, persiguiendo la luz/ como se persigue a un asesino,/ con perros, corriendo por el pantano." Transparentes, o sea: nada antes ni después de nosotros, los que no estamos, porque, transparentes, nadie nos puede ver.

Leyendo el libro que el correo ha puesto en sus manos, el lector de Homero -o sea, tú, Antonio, y yo y el propio Homero- repasa mentalmente el relato que otros y él mismo llaman Historia. Infiere, de las pequeñas historias que determinan la vastedad grandilocuente y confusa de la Historia, que Homero no es tanto un nombre propio como sí un concepto abusivo. Homérica le resulta la Historia, homérico su protagonista -tan debatido por las doctrinas diferentes dedicadas a descubrirlo- y al descomunal abismo de lo homérico habrá de ser atribuida la autoría de esta carta que yo, amigo mío, te escribo porque tú me envías un libro tuyo: Homero escribe para Homero a propósito de un libro de Homero. Un exceso que me agobia y excita tanto o más que el medio elegido para perpetrarlo. El medio, Antonio, las palabras que tú y yo utilizamos -tú en tu libro, yo en mi carta- no porque estén ahí para que ambos podamos disponer de ellas a nuestro antojo, sino porque están aquí, en lo escrito, en todo lo escrito, y ese aquí es un monstruo que nace, muere y renace sin que nadie pueda controlar sus ciclos vitales. Las palabras, madres de la literatura, son hijas de Homero y son, además, el medio -el tuyo, el mío, el de tantos otros- para reescribir lo que fue escrito. Temo que la literatura sea homérica, temo, vuelvo a decírtelo, que reescribimos las mismas palabras sobre los renglones de un libro ya escrito: "No temas al dolor,/ todo es hijo del equilibrio/ y ni siquiera la hoja más débil/ de un árbol cae de su rama/ sin que su caída retumbe/ hasta el otro extremo del universo." ¿Somos nosotros las débiles hojas que caen haciendo retumbar al universo, o es el universo el que retumba haciéndonos caer a nosotros? Contéstame, amigo mío. Ésa es la angustia que me mata.

El lector de Homero ha leído el libro que tú le enviaste. Construye sus versos sobre lo que fue tu prosa y sabe que serán leídos por ti y por otros, pues en realidad esta carta es quizás una extensa y seguramente farragosa meditación sobre un tipo de escritura que consideramos literaria como sinónimo de sublime; una meditación, decía, destinada a ser compartida, aunque posiblemente no aceptada, por la mayoría de quienes la lean. Unos pensarán que es un ocaso -el de la propia literatura-; otros, que es una arrogancia -todos, según muchos, somos hijos de Dios, pero semejante parentesco, al parecer, no es un acto de soberbia divina-; los más pueden tenerla por una enajenación pretenciosa. Con estos últimos estaré de

acuerdo, porque precisamente eso he querido: enajenarle a Homero lo que es suyo para hacerlo mío y tuyo y de tantos más; enajenarte a ti lo que era tuyo para hacerlo de Homero y mío y de tantos otros, incluido tú mismo, Antonio; enajenar lo mío -esta carta- para hacerlo tuyo y de Homero y de todos, puesto que tú y yo y los demás somos Homero y él también lo es porque todos formamos parte de ese ser y de sus palabras, que son tan tuyas y tuyas como mías y nuestras.

El lector de Homero leerá otros libros que, como éste, serán el mismo, y otra lluvia -quizás también sea ésta que hoy y ayer y mañana empapa la tierra- probablemente le salpicará el rostro cuando, al amanecer, abra las ventanas de su casa para que la luz de las tinieblas penetre iluminando lo que ya tiene nombre. El día transcurrirá en el tráfigo de los que compran y venden y vuelven a comprar para vender, y a la noche, con todas las lámparas encendidas, recibirá más noticias de Ítaca: nuevas cartas que el correo habrá dejado en su buzón, los periódicos, libros en los que Homero habla de viajes a la luna, o de aquel sueño que Marco Polo -es decir, el Ulises que Homero quiso ser para una Ítaca que se pretendió Venecia- acometiera al escribir no el *Libro de las maravillas* sino la maravilla de un libro ya escrito y ya leído, como esta carta que Homero -es decir, yo- escribe para Homero -es decir, tú- porque ambos -es decir, él- ahora sabemos, ya para siempre, que todas las palabras son una, la misma, ésta: Ítaca.

El destino, Antonio, no es un lugar, es una forma de buscarlo. Y puesto que Heráclito proclamaba el tedio infinito de las horas y los días sucesivos e iguales, qué o quién podrá impedirme suprimir el plural -ni horas ni días: la hora, el día-, erradicar la continuidad hasta detenerlo todo en el instante: todos los instantes son iguales. ¿Todos, iguales? ¿Por qué no un solo instante, el único, en el que todo acontece a la vez? No estoy negando el movimiento, sino la sucesión del movimiento. No estoy negando tu libro ni esta carta, Antonio, pero sí afirmo que ambos fueron escritos al mismo tiempo y por la misma persona: su destinatario, el destinatario: "Todo son espejos,/ [...] no lo queremos aceptar,/ corremos, vamos de un lado a otro, soñamos,/ pero estamos ahí dentro, soñando/ que estamos fuera,/ que tenemos voluntad/ y somos nosotros/ los que nos asomamos a los espejos/ y hacemos que esas figuras/ sin vida se muevan/ en un sentido o en otro,/ y no al revés,/ que somos una ilusión,/ el reflejo de lo que no conocemos."

Un compatriota del ciego argentino emparentado con aquel Suárez -caballero en Junín-, ha querido interpretar a Heráclito, paralizando él también la sucesión del movimiento, en esta breve prosa: "Cohabito con un oscuro animal. Lo que hago de día, de noche me lo come. Lo que hago de noche, de día me lo come. Lo único que no me come es la memoria. Se encarniza en palpar hasta el más chico de mis errores y mis miedos. No lo dejo dormir. Soy su oscuro animal."

La unidad -abrumadora y atosigante, tan diversa y tan repleta de quietud en movimiento-, esta unidad en la que todos somos uno y uno es todo lo que hacemos, debiera llevarme a consumir cuanto hasta aquí he imaginado: el lector de Homero no volverá a escribir, es posible que ni siquiera

despache una carta con la que decidió compensar al amigo que le enviara un libro. Admite que todo ha sido ya escrito y que todo está por escribir, desea que algo, por fin, comience y algo concluya por fin, pese a que no ignora la imposibilidad de este deseo suyo.

Nuestro lector -evidentemente es nuestro- abre el libro que el correo dejó en su casa, descubre que se trata de prosa, lee la palabra *novelas*, reconoce su nombre escrito en la dedicatoria: "Para/ [...] las melancolías y las/ armas para matarlas,/ las primaveras y esta/ lluvia de palabras./ Con la amistad/ de/ Homero". Sonríe. Sabe que todos los días son iguales y que ese aparente hallazgo no es más que una obviedad casi grosera: veinticuatro horas de sesenta minutos de sesenta segundos, y así un día tras otro. Hoy igual que ayer, ayer igual que mañana. ¿Cuándo escribió Homero -se pregunta- esa dedicatoria para él? ¿Ayer, mañana, hoy? ¿Cuándo habrá leído él, leerá, está leyendo, esa dedicatoria? Nuestro lector está convencido de que los escritores, la totalidad de los escritores, son uno, y de que ese uno es Antonio y es Homero y es tantos más. Pero yo, amigo mío, no sé si llegaré a escribir esta carta, porque tampoco sé si tú y yo y otros muchos formamos parte de algo o de alguien que escribe, en este mismo momento, la *Odisea*. Alguien o algo temible; tanto, que su destino depende del nuestro, así como nosotros dependemos de su destino. Ítaca, Antonio, somos nosotros mismos, un retorno, el viaje de vuelta al lugar del que jamás partimos.

He imaginado, o sospecho que imagino, lo que sigue: un lector espera un libro para escribir una carta, pero alguien o algo espera la carta para escribir ese libro. Dime si es eso la literatura. Dime más: ¿es un envío, o es un regreso? Yo te digo que no es cábala ni nostalgia, sino tiempo y paradoja, espiritismo y melancolía, la nada como única respuesta.

Te abrazo, amigo mío

P. D.

Los versos escritos en esta carta como tales, no lo son, aunque nada ni nadie prohíbe que lo sean; forman parte de la prosa de una novela, *El espiritista melancólico*, de Antonio Soler. ¿Que nos impide fabular, sin embargo, que Soler concibiera sus palabras para la poesía y que luego alguien, no sé quién, considerase que la prosa era su destino impreso? De hecho, todos o casi todos hemos visto y leído ediciones de la *Iliada* y la *Odisea* en prosa, cuando la tradición nos asegura que Homero era un poeta y que ambos textos son dos extensos poemas. Tal vez sean un solo poema, aún más extenso, que nos ha llegado en su actual dualidad porque otro alguien, cuya identidad también ignoro, así lo quiso, al margen, seguramente, de los deseos del propio Homero.

Transcribo, asimismo, en esta carta una prosa entrecomillada en la que su autor habla de un "oscuro animal". Juan Gelman es el autor de esas palabras, que no son prosa sino versos, los versos de un poema titulado "El animal".

Juvenal Soto es escritor.